

—¿Cómo podré pagarte lo que has hecho hoy por mí?
—Llevando en ofrenda á Euterpe una pareja de cisnes, extasiándote ante el canto del César y burlándote de los presentimientos. Espero que en lo sucesivo el rugido de los leones no turbará tu sueño, ni el de tu blanca azucena.

—No, no. Ahora estoy completamente tranquilo.
—Que os proteja la Fortuna... Observa: el César coge de nuevo la citara. Contén el aliento, escucha con atención y derrama cuantas lágrimas puedas.

Nerón, en efecto, con la citara en la mano, tenía puestos los ojos en el techo. En la sala reinaba el más profundo silencio. Los oyentes, por su inmovilidad, parecían de piedra. Terpnos y Diodoro cambiaban miradas de inteligencia, pendientes de los labios del cantor, esperando las primeras notas de su voz para acompañarle.

De repente se oyó estruendo de voces en el vestibulo y aparecieron el liberto Faonte y el cónsul Lecanio. Nerón frunció el ceño.

—¡Perdona, divino César!—dijo el primero, con voz anhelosa—Roma está ardiendo. Una gran parte de la Ciudad es ya pasto de las llamas.

Todos los circunstantes se levantaron. Nerón depuso la citara y exclamó:

—¡Oh, dioses!... ¡Podré ver al fin el incendio de una ciudad y terminar mi *Toma de Troya!*

Y, dirigiéndose al cónsul, le preguntó:

—Si parto inmediatamente ¿llegaré á tiempo?

—¡Señor!—contestó el cónsul, blanco como el mármol de la pared—¡la Ciudad está convertida en un océano de fuego! El humo ahoga á los habitantes, que caen asfixiados, ó, locos de terror, se arrojan á las llamas. ¡Roma perece, señor!

Sucedió á estas palabras un silencio sepulcral. De improviso se oyó la voz de Vinicio:

—¡Ay, desdichado de mí!—gritó.

Y, arrojando la toga, cubierto sólo con la túnica, huyó del palacio.

Nerón, levantando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Malaventurada, sacrosanta ciudad de Priamo!

VI

Vinicio, apenas hubo ordenado á algunos de sus esclavos que le siguieran, montó á caballo y se lanzó á galope tendido por las desiertas calles de Ancio y por la ribera, en dirección á Laurento. La terrible noticia le había puesto fuera de sí, frenético, delirante; presa de alucinaciones, creía llevar á la grupa al genio del mal en forma de horrible furia que le gritaba al oído: «Roma está ardiendo» y, fustigándole á él y al caballo, les precipitaba hacia aquel espantoso incendio. Casi tendido sobre la crin, con la cabeza descubierta, corría vertiginosamente, sin cuidarse de evitar los obstáculos contra los cuales hubiera podido estrellarse. En la calma solemne de la noche, caballo y caballero, iluminados por la luz de la luna, pasaban como un fantasma.

El corcel idumeo, disparado cual flecha, hacia saltar chispas de las losas del camino al herirlas con sus herraduras y despertaba á los perros de las quintas, los cuales acompañaban á la extraña visión con sus ladridos, aullando después á la luna. Los esclavos iban en peores monturas y muy pronto quedaron rezagados. Pasó Vinicio como una exhalación por Laurento y se dirigió hacia Ardea, donde, lo mismo que en Aricia, Bovila y Ustrino, tenía caballos de repuesto para poderse trasladar con facilidad á Roma. Más allá de Ardea, observó que entre el Oriente y el Septentrión el cielo presentaba un aspecto tenue-mente rojizo. Podía muy bien ser la primera luz del día, porque estando á la sazón en el mes de Julio alboreaba temprano. Pero del pecho del tribuno se escapó un rugido de cólera y de ansia, pues no dudó que aquel resplandor era del incendio. Viniéronle á la memoria las palabras de Lecanio: «La Ciudad está convertida en un océano de fuego.» Y fué tal su desesperación que temió volverse loco, desconfiando de salvar á Liguria y aún de llegar antes que Roma estuviese convertida en un montón de brasas. Sucedianse rápidos en su mente los pensamientos, como bandadas de pájaros negros, horrendos y monstruosos. Aunque ignorase qué parte de la Ciudad ardía, estaba bien convencido de que era pasto de las llamas el Transtevere con sus casucas

amontonadas, sus depósitos de maderas y las barracas en donde se vendían los esclavos.

En Roma eran frecuentes los incendios, acompañados no pocas veces de robos y asesinatos, especialmente en los barrios habitados por gente mísera y casi salvaje... ¿Cómo no dar, pues, por cierto que las llamas habían invadido el Transtevere, albergue de la población cosmopolita? La esperanza le reanimó por brevísimo instante al pensar en la fuerza colosal de Oso; mas ¿qué podía, no ya un hombre, sino un titán, contra la furia devastadora del incendio?

La contingencia de una revuelta de los esclavos contra sus opresores preocupaba á los romanos desde hacía muchos años. Decíase que centenares de miles de estos infelices echaban de menos los tiempos de Espartaco y atisbaban el momento oportuno para destruir á sangre y fuego á Roma. «¿Quién sabe, decía para sus adentros Vinicio, si esos miserables habrán empezado ya el exterminio!» Pero en seguida mudó de parecer. «¡No! De seguro eran los pretorianos quienes, por orden del César, recorrían la Ciudad de un extremo á otro incendiándola, saqueándola y acuchillando á sus inermes habitantes.» El terror le erizó los cabellos... Se acordó de la insistencia con que Nerón se lamentaba de no haber visto jamás un incendio en su descripción poética; de la respuesta despreciativa que él mismo dió á Tigelino al proponerle éste prender fuego á Ancio ó á una población de madera construida al efecto, y, por último, de las no menos insistentes quejas del César contra Roma y los pestíferos hedores de sus callejuelas. «Nadie más que Nerón había podido ordenar la ejecución de un crimen semejante; como ningún hombre, salvo Tigelino, era capaz de ejecutarlo. Tal vez había acompañado á tan nefanda orden la de asesinar al pueblo, porque podía esperarse todo de un monstruo como aquél.» ¡Qué angustia la del tribuno! ¡Con cuántos horrores le atormentaba su calenturienta imaginación! ¡El incendio, el levantamiento de los esclavos, la matanza, un horrendo caos en que se confundían las fuerzas destructoras de la naturaleza y de la crueldad humana!... y en medio de ese piélago tormentoso de visiones terroríficas, Ligia, ¡su amada Ligia! El joven dió un nuevo grito que se confundió con los resoplidos del corcel, que ya tenía agotadas las fuerzas... «¿Llegaría á tiempo de salvarla? ¿La salvaría alguien antes de que él llegara?...» Vinicio hundía

sus dedos crispados en las crines de la noble bestia con anhelos de morderle el cuello.

En aquel momento pasó por su lado, con igual velocidad, otro caballero que iba en dirección á Ancio.

—¡Roma está perdida!—gritó.

Otra palabra pudo coger al vuelo Vinicio: *dioses*... El ruido del doble galope y la distancia impidieronle oír las demás. Pero esta palabra le devolvió la serenidad de juicio. ¡Los dioses!... Levantó los ojos y las manos hacia el cielo tachonado de estrellas, y empezó á decir de esta suerte:

—¡No de vosotros, cuyos templos arden, sino de Ti, único Dios, imploro compasión! ¡Tú, porque sufriste, puedes sentir piedad! ¡Solamente Tú eres capaz de comprender el humano dolor! ¡Viniste al mundo para predicar la misericordia á la humanidad! ¡Tenla ahora con Ligia y conmigo! Si eres tal como pretenden tus discípulos, ¡sálvala, tómalala en tus brazos y llévala lejos del fuego! ¡Tú puedes hacerlo! ¡Devuélvemela y en cambio te daré mi sangre y mi vida toda! ¡Si yo no te muevo á piedad, tenla de ella al menos! ¡Ella te ama y cree en Ti! Cierto que ofreces la verdadera vida y la felicidad para después de la muerte; pero ¡ella es joven todavía y no quiere morir! ¡Consérvale la vida! ¡Extiende tu mano y llévala fuera de Roma! ¡Basta que lo quieras para que así suceda!...

De pronto interrumpió la plegaria ante la sospecha de que pudiese envolver una amenaza, temeroso de ofender á Dios en el mismo instante en que imploraba su auxilio. Las murallas de Aricia blanqueaban ante sus ojos á la claridad de la luna. Espoleó al caballo y pasó volando por delante del templo de Mercurio que se encontraba en un bosquecillo inmediato á dicha ciudad. Una extraña agitación le indicó que era conocida allí la terrible desventura. Encontraba al paso grupos de personas que, con antorchas, se encaminaban á implorar la protección del dios, apartándose á la orilla del camino para no ser atropellados por el veloz corcel. De la población se levantaba confuso clamoreo. Al entrar en ella impetuosamente, Vinicio oyó con distinción y por todas partes estas palabras:

—¡Roma está ardiendo! ¡Oh, dioses, salvad á Roma!

El caballo tropezó, pero Vinicio le contuvo con férrea mano, haciéndole caer sobre sus cuartos traseros frente á la casa en donde tenía el relevo que diligentes esclavos ensillaron apresuradamente; mas como acertara á pasar por allí en aquel punto

una decuria de pretorianos á caballo, que sin duda llevaban á Ancio las últimas noticias, corrió Vinicio á su encuentro y les preguntó:

—¿Qué parte de la Ciudad está ardiendo?

—¿Y tú, quién eres? —le contestó el decurión.

—Vinicio, tribuno militar y augustal. ¡Responde, que en ello te va la cabeza!

—El incendio, señor, ha empezado en las barracas inmediatas al Circo Máximo. Cuando salimos, el centro de Roma estaba convertido en colosal hoguera.

—¿Y el Transtevere?

—Todavía no ha llegado allí el fuego; pero se extiende con increíble rapidez. Muchos ciudadanos son devorados por las llamas ó mueren asfixiados. Es imposible socorrer á nadie.

Vinicio saltó sobre el caballo de refresco y se lanzó en dirección á Albano, dejando á la derecha á Albalonga con su magnífico lago. La carretera, más allá de Aricia, subía en rápida pendiente á una colina que cortaba el horizonte. El tribuno sabía que al llegar á la cima, no sólo descubriría á Bovila y Ustrino, en donde tenía otros caballos de repuesto, sino la misma Roma, porque tras Albano se extendía á ambos lados de la vía Appia la vasta llanura cuyos horizontes ningún obstáculo interrumpía.

—Desde aquella altura veré el incendio —pensó Vinicio espoleando de nuevo al caballo.

Pero antes de alcanzarla, el viento, azotándole el rostro, le llevó al olfato el olor acre del humo, mientras en lo alto de la colina aparecían suaves arreboles.

—¡Es el incendio! —se dijo Vinicio.

En realidad alboreaba, y la luz rojiza que veía el tribuno sobre las cumbres de los inmediatos montes era más bien producida por la aurora que por los resplandores de la inmensa hoguera.

Llegó, en fin, Vinicio á la suspirada cima, y entonces se ofreció á sus ojos el más horrible y á la vez el más soberbio de los espectáculos. La dilatada llanura se hallaba cubierta por inmensa nube de humo que rastreaba y en la cual desaparecían las poblaciones, los caminos, los acueductos y los árboles: nada más que una enorme sábana gris, inmóvil; y allá, á lo lejos, la Ciudad ardiendo sobre sus siete colinas. Mas no presentaba la forma de una columna de fuego como acontece en el incendio de un edificio aislado, sino la de una larga

faja de llamas, semejante á la difusa claridad de la aurora, y á la cual se sobreponía otra de humareda, negra á trechos, á trechos rojiza, ora con tintas rosadas, ora con tonos sanguíneos, aquí densísima, allá casi diáfana, en unos puntos inmóvil, en otros retorciéndose en inmensas espirales. La pavorosa franja de humo deprimía á veces la hoguera que afectaba entonces la forma de una cinta; mas de pronto la envolvían de abajo arriba los resplandores del fuego y quedaba convertida en océano de llamas.

Y el fuego y el humo se extendían de uno al otro extremo del horizonte, ocultando los Montes Sabinos.

La primera impresión de Vinicio fué la de que no ardía únicamente la Ciudad, sino el mundo entero, y de que nadie, absolutamente nadie, podría sustraerse á la voracidad del fuego. El viento, que soplabá de la parte de Roma, era cada vez más fuerte y traía pavesas que ennegrecían los objetos, mientras los fulgores del incendio los revestían de un color rojizo. El sol iluminaba ya las cimas de los montes que circundaban el lago Albano, pero con claridad tenue porque sus rayos eran tamizados por la nube de humo que por momentos se iba haciendo más espesa. Vinicio se había ya sumergido en ella, bajando por la ladera de la colina, y notaba que el humo tenía un olor más acre á medida que se acercaba á la pequeña ciudad. Los habitantes de ésta acampaban en las calles, corriendo algunos despavoridos, no ya por la suposición de lo que en Roma ocurría, sino por el temor de que la espantosa catástrofe les alcanzara, pues la respiración se hacía por instantes más difícil.

Vinicio se sintió otra vez abatido por el terror y la desesperación; pero se reanimó muy presto.

—No es admisible —pensaba— que las llamas hayan invadido de una vez toda la Ciudad, y como el viento sopla de la parte del Septentrión, pues arroja el humo hacia este lado, hay que suponer que el Transtevere, situado á la otra parte del río, se halla todavía intacto; sin contar que es muy probable que Oso y Ligia habrían en otro caso logrado ganar á tiempo la Puerta del Janículo, para ponerse á salvo. Por otra parte, no puede admitirse la posibilidad de que toda la población haya sido destruida. Hasta en las ciudades tomadas por asalto, entregadas al fuego, al saqueo y al cuchillo del enemigo, suele salvarse una parte de los habitantes... ¿Por qué, pues, he de empeñarme

en que Ligia ha perecido? ¿No la protege y ampara el Dios que ha triunfado de la muerte?

El joven tribuno se puso á orar con fervor, implorando la protecci3n de Jesucristo.

Despu3s de haber atravesado la ciudad de Albano, cuyos habitantes se hallaban sobre los tejados y en lo alto de los 3rboles para contemplar el pavoroso incendio, recobr3 en gran parte su serenidad, recordando que adem3s de Oso y Lino velaba tambi3n por Ligia el Ap3stol Pedro, aquel hombre misterioso y casi sobrenatural en cuyos labios creia sinceramente que estaba toda verdad desde que le oy3 hablar en el Ostriano; convicci3n que se habia afianzado, convirti3ndose en fe indestructible, despu3s de las conversaciones que con 3l tuvo durante la enfermedad. «Desde el momento en que Pedro, se decia, bendijo nuestro amor y me concedi3 la mano de Ligia, no es posible que 3sta perezca en las llamas. Podr3n arder hasta los cimientos de la Ciudad; pero, de seguro, ni una sola chispa del incendio caer3 sobre su cabeza.»

Las emociones violentas, la carrera desenfrenada, el insomnio, produj3ronle tal exaltaci3n que se borr3 de su mente la idea de lo imposible. Se le antoj3 que 3 un conjuro de Pedro se habrian apagado parte de las llamas para dejarle franco el paso entre dos murallas de fuego. Por otro lado ¿no tenia el Ap3stol la intuici3n de lo futuro, y, por consiguiente, no habria advertido 3 tiempo 3 todos los cristianos que debia estallar el incendio, poni3ndolos 3 salvo fuera de la Ciudad, y con ellos 3 Ligia, 3 quien Pedro amaba como si fuera su propia hija?... Su esperanza fortaleciase por momentos. Si habian huido de Roma pod3a encontrarles en Bovila 3 tal vez por el camino... ¡Qu3 agradable sorpresa, si viera de pronto surgir de entre la nube de humo el adorado rostro! Consideraba tanto m3s probable esta anhelada aparici3n cuanto que la muchedumbre de fugitivos que se dirig3a 3 los Montes Albanos se hacia cada vez m3s densa. Antes de llegar 3 Ustrino se vi3 obligado 3 refrenar la carrera 3 causa de la aglomeraci3n de gente. Entre los innumerables peones, con su hato al hombro, pasaban mulos y caballos cargados de muebles y provisiones, carros con toda clase de objetos y literas llevadas por esclavos en las que iban personas acomodadas. En Ustrino era tan compacto el gentio que resultaba casi imposible abrirse paso. Estaban llenas las plazas, los intercolumnios de los templos, todas las calles. En

muchos puntos se habian levantado tiendas para guarecer 3 familias enteras; otros acampaban al aire libre, y todos gritaban, invocaban 3 los dioses, maldecian de su suerte. En medio de aquella confusi3n era imposible obtener noticias. Las personas 3 quienes Vinicio se dirig3a para interrogarlas, 3 no le contestaban, 3 se ceñian 3 mirarle con ojos desmesuradamente abiertos por el terror diciendo que habia llegado la 3ltima hora de Roma y del mundo. Continuamente aparecian nuevos grupos de hombres, mujeres y ni3os que aumentaban la confusi3n y el barullo. Muchos perdian 3 sus acompa3antes, y era frecuente ver como los padres buscaban con ansiedad 3 sus hijos y oir como 3stos llamaban desesperadamente 3 sus padres. Habian llegado 3 la peque3a ciudad numerosos pastores, casi salvajes, de la campi3a romana, en busca unos de noticias, otros de bot3n. No pocas casas y villas habian sido asaltadas por esclavos de diversos pa3ses y por gladiadores que trababan combates con los soldados que defendian 3 los habitantes.

El senador Junio, 3 quien Vinicio encontr3 cerca de la posada rodeado de un grupo de esclavos b3tavos, fu3 el primero que le di3 noticias concretas del incendio. Habia empezado en las inmediaciones del Circo M3ximo, entre el Palatino y el Monte Celio; pero, propag3ndose con una rapidez inexplicable, habia invadido el centro de la Ciudad. Jam3s, desde la 3poca de Breno, habia caido sobre Roma azote tan terrible.

— El Circo — dijo — es un mont3n de cenizas, as3 como todos los edificios que lo rodeaban. El Aventino y el Celio son pasto de las llamas. El fuego, despu3s de haber dado la vuelta al Palatino, ha tomado la direcci3n de las Carinas.

Y al decir esto, Junio, que pose3a en las Carinas una espl3ndida casa llena de obras de arte, por las que era muy apasionado, tom3 un pu3ado de polvo, lo esparci3 sobre su cabeza y dej3 escapar un gemido.

Vinicio le puso las manos sobre los hombros y le dijo:

— Tambi3n est3 en las Carinas mi casa; mas, si todo ha sido destruido ¿qu3 me importa que mi casa lo sea tambi3n?

Luego, acord3ndose de que tal vez Ligia, atendiendo 3 su consejo, se habria trasladado 3 la casa de Aulo, pregunt3:

— Y el *Vicus Patricius*?

— Est3 ardiendo.

— ¿Y el *Transtevere*?

Junio le mir3 con estupefacci3n.

—¿Y qué nos importa el Transtevere?— exclamó, apretándose la cabeza con las manos.

—¡Me importa más que todo Roma!—gritó Vinicio.

—¡Oh! entonces podrás llegar allí por la vía Portuense. Cerca del Aventino te abrasaría el calor... ¿El Transtevere?... ¡No lo sé! Cuando he salido de Roma estaba aún incólume; pero si arde á esta hora... únicamente los dioses lo saben...

Después de un momento de vacilación Junio prosiguió muy por lo bajo:

—Sé que no me harás traición... Pues bien; ¡el incendio no es fortuito! Se impidió que llegaran auxilios al Circo Máximo para extinguirlo. Cuando las casas empezaron á arder, oi millares de voces que gritaban: «¡Pena de muerte á los que lo apaguen!» Hombres desálmados recorren la Ciudad arrojando teas encendidas en las casas... El pueblo se ha amotinado diciendo que se prende fuego á Roma por mandato de alguien. Y no digo más... ¡Desdichada Ciudad! ¡Desdichados de nosotros!... Jamás lengua humana podrá expresar lo que ocurre allí. Mueren unos abrasados y otros degollados en la general batalla que se libra... Este es el último día de Roma.

Y de nuevo gritó Junio:

—¡Desdichada Ciudad! ¡Desdichados de nosotros!

Pero Vinicio estaba ya lejos, corriendo á caballo por la vía Appia. En frente tenía la inmensa, pavorosa hoguera que irradiaba un calor insoportable y con su estruendosa crepitación ahogaba el clamoreo humano.

VII

A medida que Vinicio se aproximaba trabajosamente á la Ciudad, iba convenciéndose de que el penetrar en ella era empresa poco menos que imposible. Las casas, los campos, los cementerios, los templos, estaban transformados en colosal campamento. Durante la noche la muchedumbre habia derribado las puertas del templo de Marte, situado cerca de la Puerta Appia, para convertirlo en albergue. En los cementerios, los fugitivos se disputaban los grandes mausoleos, trabando con frecuencia sangrientos combates. Los desórdenes de

Ustrino eran sólo pálido reflejo de lo que ocurría al pie de las murallas de Roma. Rotos todos los frenos, á nadie contenían ni los prestigios de la autoridad, ni el temor de las leyes, ni los lazos de familia, ni las diferencias en la jerarquía social. Los esclavos apaleaban á los ciudadanos; grupos de gladiadores, embriagados con el vino robado en el Emporio, agredían á la gente indefensa y la despojaban de los objetos de algún valor; muchos bárbaros destinados á la venta, que habian logrado escapar de los barracones en que se hallaban encerrados, acometían también furiosamente á la gente inerme, pues el incendio y la ruina constituían para aquellos infelices el principio de la libertad; y mientras los hombres libres levantaban los brazos al cielo invocando el auxilio de los dioses, aquellos, con aullidos de salvaje alegría, les atacaban, desposeyendo á los hombres hasta de sus vestidos y robando y ultrajando á las mujeres. Unianseles los esclavos que servían desde hacia mucho tiempo en Roma; bandadas de miserables, cubiertos solamente con una faja de lana arrollada á las caderas; siniestras figuras salidas de los callejones sombríos, jamás vistas por nadie á la plena luz del día y cuya existencia apenas era sospechada; chusma espantable de asiáticos, africanos, griegos, tracios, germanos, bretones, que voceaban en todas las lenguas de la tierra con ferocidad salvaje y desenfrenada, viendo llegado el momento de vengar sus largos años de servidumbre y de miseria.

En medio de tan horrenda confusión, á la luz del día y á los resplandores de las llamas, centelleaban los yelmos de los pretorianos, quienes no sólo encontraban dificultades para defender á las personas pacíficas de las agresiones de los esclavos, sino que con frecuencia se veían obligados á cerrar las filas para defenderse á si mismos de las fieras acometidas de aquella frenética multitud. Vinicio habia presenciado muchas veces asaltos de ciudades; pero jamás se le ofreció un espectáculo en que la desesperación, las lágrimas, los gritos de dolor se confundiesen con la bárbara alegría, la rabia y el libertinaje, como en aquel caos espantoso.

En tanto, con grandes esfuerzos y poniendo de continuo en peligro la vida, llegó el tribuno á la Puerta Appia; pero entonces echó de ver que le seria imposible penetrar en Roma por la Puerta Capena, no sólo por impedirselo la aglomeración de gente, sino también á causa de las llamas que habian invadido

aquel barrio, lamiendo con sus enormes lenguas rojas los muros de la Ciudad. Por otra parte, le hubiera sido necesario, para trasladarse al otro lado del Tiber, pasar por el Puente Sublicio y atravesar el Aventino, la parte de población que estaba materialmente convertida en un océano de fuego. No le quedaba más remedio que retroceder en dirección á Ustrino, dejar la vía Appia, atravesar el río y tomar la vía Portuense que conducía derechamente al Transtevere, empresa tampoco fácil, porque el gentio que llenaba el camino era cada vez más compacto. Le hubiera convenido abrirse paso espada en mano; pero no llevaba arma alguna.

Cerca de la Fuente de Mercurio vió á un centurión que á la cabeza de algunas decurias de pretorianos guardaba la entrada del templo. Ordenóle Vinicio que le siguiera y el centurión no se atrevió á desobedecer á un tribuno militar y augustal.

Al frente de este pelotón de soldados, y olvidando por un momento las enseñanzas de Pablo acerca del amor al prójimo, Vinicio se abrió calle por entre la masa humana, atropellando á cuantos no se apresuraban á apartarse. Caía sobre él una lluvia de maldiciones y de piedras; pero, despreciándola, seguía impertérrito su camino, ansioso de hallarse en espacio más despejado. No obstante, eran casi inútiles sus esfuerzos. La muchedumbre, á cada momento más hostil, maldecía al César y hacia frente á los pretorianos. El vocerío era formidable y á los oídos del tribuno llegaban continuamente los gritos de «¡Muera Nerón! ¡Incendiario! ¡Payaso! ¡Matricida! ¡Muera Popea!» y la amenaza de arrojar al Tiber al causante de aquella inmensa catástrofe. Para que el tumulto se convirtiera en revolución bastara acaso que alguien se pusiese al frente de los amotinados.

No solamente era obstáculo al avance de Vinicio y de los pretorianos la resistencia del gentio; á cada paso encontraban montones de muebles salvados del incendio: cajas, toneles, vestidos, camas, batería de cocina, vajilla, carros, literas, cunas, jarrones y toda suerte de objetos preciosos.

Cruzando las vías Latina, Ardeatina, Laviniana y Ostiense, á campo traviesa, desviándose con frecuencia por tener que dar la vuelta á los jardines cercados, á las quintas, cementerios y templos que al paso hallaba, llegó, en fin, al *Vicus Alexandri*, más allá del cual pudo atravesar el Tiber. Al otro lado del río no era tan compacta la muchedumbre ni tan densa la humareda.

Por algunos fugitivos supo que del Transtevere solamente ardían algunos callejones; pero que probablemente sería asimismo destruida toda aquella parte de la Ciudad, pues la recorrían infames asalariados que no sólo impedían que fuera sofocado el incendio, sino que lo propagaban arrojando teas en las casas, en cumplimiento de órdenes recibidas, según decían.

No podía ya caberle duda á Vinicio de que Roma era destruida por mandato de Nerón, y consideraba natural y justa la sed de venganza que sentía el pueblo. Ni Mitridates, ni el más feroz enemigo de los romanos se habría mostrado con ellos más cruel. Convencióse el tribuno de que le había llegado al mónstruo su última hora y que las humeantes ruinas de la soberbia Ciudad le aplastarían con todos sus crímenes, si de pronto surgía un hombre audaz que se pusiera al frente de la rebelión. Y ¿por qué el osado no había de ser él? .. Su estirpe, que contaba con una larga lista de cónsules, era muy conocida y estimada de los romanos. ¿No estalló por poco una revolución al ser condenados á muerte los cuatrocientos esclavos del prefecto Pedanio Secundo? Y ¿qué representaba aquella hecatombe humana en comparación del gigantesco incendio, la calamidad más terrible y espantosa de cuantas había sufrido Roma en los ocho siglos de su existencia? «Quien ponga en armas á los quirites, se decía, derribará á *Barbarroja* y vestirá la púrpura. ¿Por qué, pues, no acometer la empresa?... Era Vinicio el más valeroso, el más enérgico, el más joven de los augustales... Ciertamente que el poder de Nerón se hallaba apoyado sobre la fuerza de treinta legiones; pero ¿no se sublevarían éstas al llegarles la noticia de la destrucción de Roma con sus templos?... En este caso Vinicio habría sido Emperador... Susurrábase entre los augustales que un agorero había predicho que Otón vestiría la púrpura. Y ¿en qué le era inferior Vinicio?... Además, ¿no vendría en su auxilio Cristo con toda su omnipotencia divina?; ¿no era tal vez aquello una inspiración suya? «¡Ah, si lo fuese!, pensaba. Si lo fuese, vengaría en Nerón el riesgo que corre Ligia y mis propias angustias... Por otra parte, inauguraría el reinado de la Justicia y de la Verdad, propagaría la doctrina cristiana desde el Eufrates á las brumosas costas de Bretaña, y haría Augusta, y, por tanto dueña del mundo, á mi amada.»

Pero estos pensamientos que le habían brotado del cerebro ardiente, como el chisporroteo de una hoguera, cual chispas se

apagaron y desvanecieron. ¡Lo urgente era salvar á Ligia! Casi en contacto con el pavoroso incendio, ante la enormidad de la catástrofe, sintió flaquear la fe en que el Apóstol hubiera podido librarla del riesgo. La desesperación se apoderó de nuevo de su alma acongojada, y, espoleando al caballo, se lanzó con furia por la vía Portuense, que conducía en línea recta al Transtevere, y no se detuvo hasta la puerta de la Ciudad. Allí se le repitió que gran parte del distrito estaba aún intacto, si bien ardían ya algunas de sus calles.

El humo llenaba también el Transtevere; y como la gente había dispuesto allí de más tiempo que la de otros distritos para dedicarse al salvamento de muebles, puesto que las llamas no lo habían invadido todavía, era más difícil abrirse paso, porque las calles estaban obstruidas con montones de objetos, y las personas ocupadas en la tarea de ponerlos á salvo eran muy numerosas. Cerca de la Naumaquia de Augusto los muebles formaban verdaderas montañas. Era imposible penetrar en las callejuelas, llenas de un humo denso que asfixiaba. Sus habitantes huían á millares, dando el pánico margen á escenas horripilantes. A veces se encontraban en un paso angosto dos corrientes humanas que iban en opuesta dirección. El choque era tremendo. Las primeras filas luchaban desesperadamente, se estrujaban, se aplastaban; los padres perdían á sus hijos; las madres les llamaban con gritos angustiosos. Vinicio se aterrorizó al pensar lo que ocurriría más allá, en los puntos ya invadidos por el fuego. Era inútil, en medio de aquella confusión y estruendo, preguntar á nadie; imposible oír una palabra. De cuando en cuando el viento traía del otro lado del río gruesas nubes de humo densísimo, negro, rastrero, que envolvía edificios, objetos y seres humanos en noche oscura. Pero el mismo viento, á intervalos, lo dispersaba, y entonces Vinicio podía proseguir en dirección á la casa de Lino.

El calor de aquel terrible día de Julio, redoblado por el del fuego, era insoportable. El humo cegaba los ojos é irritaba la garganta, cortando la respiración. Los pretorianos quedaron rezagados. El caballo de Vinicio, herido por un martillazo, se encabritó, negándose á seguir. Por la túnica lujosa se reconoció al augustal y el populacho gritó desaforadamente: «¡Muera Nerón y sus incendiarios!», mientras centenares de brazos se tendían amenazadores hacia Vinicio. El riesgo era inminente;

pero el corcel, espantado, con la cabeza ensangrentada, echó de nuevo á correr, atropellando á los amotinados, mientras otra oleada de humo sumía la calle en profunda oscuridad. Convencido el tribuno de que le sería imposible continuar á caballo, echó pie á tierra y siguió su camino, pegado á las fachadas de las casas, parándose á veces para esperar á que pasaran los grupos de fugitivos y pensando que probablemente resultarían inútiles sus esfuerzos. «Es seguro, se decía, que Ligia no está ya en la Ciudad; que ha podido escapar, y, sin duda, sería más fácil descubrir un alfiler en la playa que á mi amada en este caos.» No obstante, tenía empeño en llegar á la casa de Lino. De vez en cuando se detenía para respirar y restregarse los ojos. De pronto se desgarró un pedazo de túnica y tapóse con él nariz y boca. A medida que se aproximaba al río era el calor más irresistible. Sabiendo que el fuego había empezado junto al Circo Máximo, pensaba que el calor procedía de allí, del *Forum Boarium* y del *Velabrum*, los cuales, por estar en las inmediaciones de aquel, habían de haber sido también pasto de las llamas. Un viejo que andaba con muletas, el último de los fugitivos que encontró Vinicio, le gritó:

— ¡No te acerques al puente Cestio! ¡Arde toda la isla!

Y, en efecto, en la esquina del *Vicus Judeorum*, donde estaba situada la casa de Lino, el tribuno vió surgir grandes llamaradas de entre la espesa humareda. No solamente ardía la isla, sino parte del Transtevere y con ella la extremidad de la callejuela en donde Ligia vivía. Acordóse Vinicio de que la casa de Lino se hallaba rodeada de jardín, detrás del cual, por la parte del Tiber, había un espacio sin edificar. Esto le infundió nuevos alientos, pues pensó que esta solución de continuidad en lo edificado habría acaso contenido por aquel lado la propagación del incendio. Avanzó, pues, sin parar mientes en que cada ráfaga de viento llevaba, no sólo densas nubes de humo, sino millares de chispas que podían prender fuego á la otra extremidad de la callejuela y cortarle la retirada.

A través de la humareda percibió los cipreses del jardín de Lino. Los edificios del otro lado de los solares se hallaban convertidos en gigantesca pira; pero la casita estaba incólume, según Vinicio había supuesto. Dirigió éste al cielo una mirada de gratitud, y, aunque el aire abrasaba, se encaminó hacia la puerta que estaba entornada. La abrió y entró.

En el jardín no había alma viviente y la casa parecía de-

sierta. «Quizás el humo y el calor, pensó Vinicio, le han hecho perder el sentido», y gritó:

— ¡Ligia! ¡Ligia!

Silencio absoluto... Solamente se oía la crepitación formidable del incendio.

— ¡Ligia! — repitió el joven.

Súbitamente llegó á sus oídos el mismo rugido amenazador que oyera en aquel mismo lugar pocos días antes. Las llamas habían invadido el *vivario* inmediato al templo de Esculapio y las fieras empezaban á expresar su terror. Vinicio se estremeció de pies á cabeza. Por segunda vez, en el instante en que todo su ser estaba concentrado en el pensamiento de Ligia, resonaban aquellos horrendos rugidos como presagio de desventuras.

Pero fué esta una impresión fugaz. El fragor del incendio, mucho más alarmante que el rugir de las fieras, desvaneciéle aquella idea. Ligia no había contestado á sus gritos; pero ¿no podía hallarse desvanecida por el pavor, ó asfixiada por el humo, dentro del edificio? Penetró en él, casi de un salto. El atrio estaba desierto. Buscando á tientas la entrada de los dormitorios vislumbró una luz á través de la espesa humareda: era una lámpara colocada en el larario, donde habían sido sustituidos por una cruz los dioses paganos. Por la mente del catecúmeno pasó como un relámpago el pensamiento de que era la cruz quien le enviaba aquella lámpara para ayudarle á encontrar á Ligia. Cogióla, pues, henchido el corazón de esperanza, y se puso á buscar la entrada de los dormitorios. Entró en uno, levantó la lámpara y miró con atención; no había nadie. E indudablemente era el de Ligia, porque colgaban de clavos fijos en la pared sus vestidos y encima del lecho estaba su *capitium* (1). Lo tomó Vinicio, y, echándose sobre el hombro, continuó el registro. La casa era pequeña y presto hubo recorrido todas las habitaciones, sin excluir la bodega. No halló á nadie. Era evidente que Ligia, Lino, Oso y los demás vecinos habían buscado en la fuga la salvación. «Estará entre la muchedumbre, extramuros», pensó.

Entonces cayó en la cuenta de que habían podido escapar por el lado opuesto, hacia el monte Vaticano, y ya no extrañó no haber topado con ellos en la vía Portuense. De todas maneras estaban á salvo de las llamas, que era en realidad lo que

(1) Especie de camisa de las romanas.

le importaba. Al pensar esto Vinicio sintió que se libraba del enorme peso que le oprimía el corazón. «Ahora, se dijo, es preciso que huya de aquí, pasando por los jardines de Domicia á los de Agripina, donde probablemente los encontraré y donde no hay este asfixiante humo, porque el viento sopla del lado de los Montes Sabinos.»

Y, en efecto, á tardar un momento más, difícilmente habría podido ponerse en salvo, pues las llamas venían aproximándose con rapidez y llenaba la calle densa humareda. El viento apagó la lámpara en las manos del tribuno, y éste echó á correr hacia la vía Portuense como impelido por la corriente del aire abrasado, envuelto de vez en cuando por torbellinos de humo negro, bajo una lluvia de chispas y de pavesas que le caían sobre la cabeza y el vestido. Empezaba á arder lentamente su túnica por diferentes puntos; pero Vinicio, sin curarse de ello, proseguía su carrera desenfundada, temeroso de quedar asfixiado. Percibía el sabor acre del hollín, el ígneo aire le quemaba la garganta y los pulmones, la sangre le afluíá á la cabeza y no sólo tenía el rostro como la púrpura, sino que veía todos los objetos de color rojo. «Es fuego vivo, decía para sí. Vale más que me tienda en el suelo y me deje morir.»

Por momentos se sentía desfallecer. Por el rostro, el cuello y todo el cuerpo le corría en abundancia un sudor que le escaldaba la piel, como agua hirviente. A no sostenerle la esperanza de encontrar á Ligia, cuyo nombre repetía á cada instante, y á no ser por su *capitium*, con el cual se tapaba la boca, sin duda se hubiese desplomado. Enteramente aturdido, corría sin saber ya por qué calle. Iba perdiendo la conciencia; y en su vertiginosa carrera no llevaba más norte que el vehemente deseo de ver á su prometida. Perturbada la razón por una especie de delirio de moribundo, imaginaba encontrar á Ligia, casarse con ella y morir después.

Corría siempre, yendo vacilante de una á otra parte de la calle, como beodo. De repente, el voraz elemento que destruía la Ciudad presentó un nuevo aspecto. Donde hasta entonces las llamas habían estado como en incubación, estallaron formando un océano de fuego. No llevó el viento más nubes de humo, antes por el contrario, con su fuerza dispersó el que poblaba los callejones. Tuvo esto para Vinicio la ventaja de dar cierta diafanidad á la atmósfera, con lo cual pudo orientarse. Pero de la monstruosa hoguera escapaban millones de chispas

que el aire abrasado arrojaba contra el tribuno, de suerte que parecía correr en medio de un torbellino de fuego. Al volver la esquina se encontró en una calle que conducía á la vía Portuense y al Campo Codetano y pensó que si lograba ganar aquella vía estaba en salvo.

Pero entonces percibió otra nube densísima. «Si es de humo, se dijo, no podré pasar». Hizo un supremo esfuerzo: se quitó los restos de la túnica que ardían abrasándole el cuerpo, y, tapándose con el *capitium* cabeza y boca, echó á correr desesperadamente. Pronto advirtió que no era de humo la nube, sino de polvo, y que de ella salían gritos humanos. «Es el populacho que saquea las casas, pensó. No importa; siendo seres humanos, me socorrerán...» Y empezó á pedir auxilio con toda la fuerza de sus pulmones.

Fué este su último esfuerzo: se le nublaron los ojos, le faltó la respiración, se le agotaron la fuerzas, se desplomó.

Sus gritos habían sido oídos y dos hombres acudieron con cubos de agua á socorrerle. No había perdido el sentido. Cogió con entrambas manos uno de los cubos y bebió ávidamente.

—Gracias— balbuceó después.— Llevadme un poco; ya iré luego por mi propio pie.

Uno de los dos hombres le mojó la cabeza; después le cogieron y le llevaron hacia donde estaban los demás, los cuales se agruparon a su alrededor y le reconocieron con solicitud para ver si estaba herido.

—¿Quiénes sois?— preguntó con estupefacción Vinicio.

—Derribamos las casas para que el fuego no se propague á la vía Portuense— contestó una voz.

—Habéis acudido en mi auxilio cuando estaba á punto de perder el sentido. ¡Muchas gracias!

—A nadie se lo negamos; hay que socorrer al prójimo— observaron varios.

Vinicio, que desde la mañana no había visto más que gente furiosa y desatentada, luchas y pillaje, miró con mayor atención á los que le rodeaban y en seguida dijo:

—Os lo pague... Cristo.

—¡Para siempre sea alabado!— respondieron todos á coro.

—¡Lino!...— gritó Vinicio.

No pudo pronunciar otra palabra pues se desmayó falto de fuerzas para resistir la emoción. Al volver en sí, hallóse en un jardín del Campo Codetano, rodeado de hombres y mujeres.

En el acto les preguntó:

—¿Dónde está Lino?...

Pasó un momento sin que nadie le respondiera; al cabo, una voz que le era muy conocida, dijo:

—Está en las afueras de la Puerta Nomentana. Marchó al Ostriano hace dos días. ¡La paz sea contigo... rey de Persia!

Vinicio, como movido por un resorte, levantóse y dió un salto atrás. El que le hablaba era Quilón Quilónides.

El griego prosiguió:

—Tu casa, señor, según todas las probabilidades, es un montón de cenizas, pues las Carinas son pasto de las llamas; pero tú siempre serás rico como un Creso. ¡Ah, qué espantosa calamidad! Los cristianos ¡oh, hijo de Serapis! habían profetizado desde hace no poco tiempo que Roma sería destruida por el fuego... Y Lino se halla sin novedad en el Ostriano, con la hija de Júpiter, tu amada... ¡Ah, qué inmensa desventura!

Vinicio se sintió de nuevo desfallecer.

—¿Y les has visto tú?— le preguntó.

—¡Les vi, señor!... Sean dadas gracias á Cristo y á todos los dioses por haberme otorgado la dicha de poder pagar tus mercedes con esta buena noticia. Pero pienso demostrarte mi gratitud de más gallarda manera, Osiris... ¡Lo juro por Roma incendiada!...

Anochece; pero en el jardín la claridad era tan intensa como si estuviera el sol en la mitad de su carrera, porque el incendio tomaba por momentos mayores proporciones. No barrios aislados, sino la Ciudad entera parecía invadida por las llamas. El cielo estaba teñido de color rojo, y rojas eran las sombras de la noche.